

Acoger, admirar y amar la diferencia

Víctor Manuel Díaz Soto*

Hoy queremos bailar los ritmos de la diferencia al hilo de algunos cuestionamientos que puede ser bueno hacerse, para después recoger los pasos sobre lo que podríamos llamar connaturalización con la diferencia. Si están listos, arranquemos y despeguemos para ver si terminamos aterrizados en lo diferentes que somos las personas humanas.

¿Quién es distinto?

Hay muchos modos y modelos de diferenciación o contraste, peyorativos y discriminantes o constructivos y de reconocimiento. Se marca claramente una actitud ante el que es distinto en la cultura, el nacimiento social o estrato; en la época generacional como los millennials ante el resto de generaciones anteriores o, en general, la actitud incluso ante personajes históricos de los siglos pasados. Lo notamos manifestamente en nuestra avidez o indiferencia ante el lenguaje o idioma distinto de la propia lengua materna, en las desemejanzas que encontramos con personal de diverso nivel socioeconómico. Pero vemos especialmente aflorar el afán de distinción en los adolescentes y jóvenes que se suman a un grupo gótico, punk, roquero o de rap o tal vez también aquellos que experimentan su iniciación sexual fuera de la norma heterosexual.

* Víctor Manuel Díaz Soto, psicólogo, magíster en Educación. Especialista en Formación Humana de Bienestar Universitario y profesor de Humanidades en la Universidad Católica de Colombia. Contacto: vmdiaz@ucatolica.edu.co

¿Qué es ser distinto?

Obsérvense los modelos de diversificación. En el natural las diferencias son de color de la piel, características genéticas, somáticas o de *look*; en lo cultural puede tomarse la riqueza de los bailes o la música; en lo existencial están las distintas vocaciones y profesiones, los sueños y proyectos, los miedos e ilusiones, los anhelos y frustraciones, la identidad sexual y la atracción erótica. Si se asume el ámbito de las diferencias espirituales podría hablarse de cómo se asemejan y distinguen la persona humana de la divina y la angelical, de la misma familia, pero con diferencias de especie. Y ¿cuáles serían las diferencias importantes y sus contrarias, las irrelevantes? Por ejemplo, irrelevante es la variación de contenido vital de fama, *sex-appeal* o poder, aun cuando para algunos se hayan convertido en lo único y principal por despiste o error, por lo general no consciente y reaccionaria. Pero lo importante no es que mujeres y hombres no puedan participar igual del embarazo y el parto de su hijo, sino que cada uno vive y aporta su maternidad/paternidad desde valores, cosmovisiones, aspiraciones y expectativas absolutamente divergentes en su origen, aunque convergentes tal vez en su objeto, el hijo, o en su proyecto común de familia.

¿Quién hace la diferencia?

La diferencia la conquista quien tiene la originalidad de ser una persona auténtica en sí misma. Quien marca un sello de identidad, aunque enfrente mil y una dificultades y tentaciones, conservando y acrecentando cada vez más su modo de ser. Porque es que cada cual es un mundo de riquezas tan sorprendentes como invaluable: piénsese por ejemplo en el modo de pintar o de estudiar o de aprender o de explicar y sustentar o de olvidar incluso, como una singularidad de cada cual...

¿Qué significa hacer la diferencia?

Más en concreto, esa peculiaridad idiosincrásica de cada persona está mediada por la pasión de hacer lo que nos gusta, aquello en lo que el tiempo vuela como el Concorde y no sufro el esfuerzo porque la tarea en sí me sustrae a su realidad: tocar música, hacer sudoku, cocinar, practicar tu deporte o *hobby*, ver cine, leer, etc. La diferencia la hace el que ha encontrado su pasión en su profesión y su vocación en las labores de su trabajo. Aquí hallamos tanto al santo como al premio Nobel.

¿Cuál es la diferencia de cada persona?

Vayamos aterrizando el giro en lo personal. Es fantástico buscar y hallar o intuir aquello para lo que uno está en el mundo, la singularidad valiosísima de la combinación de cualidades, dones y experiencias con que la vida ha diseñado a cada cual para cumplir la misión en sus días de existencia por este planeta. Muchos hallan aquí la providencia divina que configura el camino por el que cada uno se puede descubrir y orientar. Uno se da cuenta de que es bueno para algo, pero todavía está pendiente aceptarlo o rechazarlo, trabajarlo u olvidarlo. Así, cada uno se realiza como bombero, psicólogo o chef según sus decisiones conjugadas con sus variopintas circunstancias y condiciones de vida. El caso es que la diferencia singular más se descubre que se conquista, más se revalida o refuta que se conserva y más se profundiza que se abandona. Ejemplo, en la película *El origen de los guardianes*, papá Noel le pregunta a Jack Frost: “¿Cuál es tu centro?”, y le muestra que el de él, tras unos ojos grandotes y curiosos, es el asombro, la capacidad para maravillarse con las pequeñas, medianas o grandes cosas de la vida. Queda en el aire la pregunta sobre el centro de Jack... Tiene que ver con que él pierde su vida cuando salva a su hermanita de caer del hielo al agua mientras jugaban, pero ahí, todavía no está revelada totalmente la respuesta por su centro personal que lo identifica... (ojalá pueda ver la película o recordarla: ¡Es diferente...!).

¿En dónde está lo divergente de cada persona?

¿Dónde está la distintividad por la que se caracteriza y se reconoce a alguien? ¿Qué se hace como nadie y en qué se tiene la pasión? Serviría recordar los contextos o tareas en las que ha habido más satisfacción realizada. Uno siempre encuentra un terreno profesional, un *hobby* o algún campo de interés en el cual se autodescubre bien original, singular o diverso de los demás, al tiempo que también puede encontrarse una comunión especial si conoce a alguien parecido en la singularidad compartida, como los coleccionistas o los investigadores de un autor o tema, etc.

¿Cómo hacer la diferencia?

Hacer la diferencia consiste en proponer una perspectiva distinta, desde el saludo especial que sorprende a la cotidianidad dormida y rutinaria hasta la orientación y propuesta más sorprendente ante una situación difícil de estrés laboral, de pérdida o duelo afectivo, de bancarrota u otro agobio existencial como el mismo aburrimiento. Se trata de una capacidad parecida a la resiliencia sumada al sentido del humor, una especie de resorte interior para sobreponerse tanto a la presión exterior como a los impulsos internos y redirigirlos a una nueva escala, escenario y altura vital. Es lo que se hace cuando se rompe el hielo en una reunión tensa, cuando se propone una alternativa sabrosa de ocio ante una indecisión o duda, cuando se discierne con más claridad entre dos alternativas de trabajo o de estudio, o sencillamente cuando se roba una sonrisa de saludo a alguien desconocido en un transporte masivo. En mil cosas y maneras se hace la diferencia, cada uno tiene la suya y distinta en las diversas esferas vitales.

Abordemos ahora sí, tras estos cuestionamientos iniciales el vuelo ascendente de las actitudes positivas con el que es distinto de otro. Ya en este punto es de anotar que la diferencia es una relación o por lo menos un término relativo. Se requiere relacionar o comparar dos personas para

que aparezca la posibilidad de la diferencia. En este sentido, ante un tú es que se reafirma y se consolida un yo y sobre todo emerge el esbozo de un nosotros para poder decir algo como “somos distintos” o “él es diferente”.

Ante este vínculo con el diferente se dispone una relación que puede orientarse con distintas actitudes espontáneas más o menos conscientes, más o menos automáticas, dependiendo de la puesta en juego de los estereotipos que la cultura nos ha cargado para tratar con la diversidad, los extranjeros, las personas de otro color o creencia o con alguna discapacidad. Todos necesitan saber a qué atenerse cuando van al restaurante, a la playa o al cine. Compartimos socialmente unos esquemas de acción y los necesitamos más ante las situaciones de incertidumbre: hay que saber comportarse ante los que son distintos y es cierto, pero cuando estos guiones de acción y reacción se activan en automático se les pegan los prejuicios, miedos e inseguridades que cada persona porta sin darse cuenta. Para superar estos escollos y alcanzar una auténtica relación y sano vínculo se propone reforzar tres actitudes interpersonales que ayuden al encuentro humano y previenen toda intolerancia y discriminación: acoger, admirar y amar al diferente.

Acoger

Acoger es la primera actitud, el paso previo necesario para admirar y para amar en una dinámica de reconocimiento que no sucumba a la tentación de la reacción estereotipada ante el que sentimos distinto y como amenaza o riesgo. Se tomará primero la riqueza léxica de cada término para después ahondar en el sentido interpersonal latente que configura la auténtica actitud de encuentro humano en sus niveles, al menos estos tres. En primera instancia “acoger” tiene varias acepciones según el diccionario (RAE, 2007, p. 8). Se deja de lado la segunda (lugar de albergue o refugio) y se toman las otras cuatro por ser más relevantes para este estudio:

1. Admitir una persona a otra en su casa, especialmente para darle alojamiento o ayudarla
2. Recibir (algo o a alguien) de una determinada manera

3. Aceptar o admitir (algo o a alguien)
4. Reclamar o pedir alguien que se le reconozca el derecho que se expresa

Puede observarse en estos cuatro sentidos del verbo acoger, una especie de escala por la cual ascender y escalar o profundizar el verdadero valor de la acción de acogida de una persona, sea esta conocida o desconocida. Si invitamos a un compañero, amigo o vecino a la casa propia, al hogar, se está dando un paso de una confianza e intimidad de considerable peso humano. Acoger al diverso del propio modo de ser, de otra cultura, de otra religión, de otra orientación política o sexual significa aceptar o rechazar el misterio del otro. Se lo acoge de peor o de mejor manera, se recibe desencajándose uno o encajando bien al prójimo como parte de nuestra comunidad-entorno. El prójimo cristiano, por ejemplo, es el que está próximo al pueblo judío como los samaritanos y el resto de gentiles que están alrededor, comenzando por los mismos romanos.

Cuando se trata de aceptar algo a alguien o de admitírselo a uno mismo, acoger se convierte en reconocerse a sí o al otro una buena acción o un mal pensamiento. Aquí se hace curioso el significado del gesto de acogida, pues ante los prejuicios que solemos cargar sobre el delincuente, el exguerrillero, el exparamilitar, la víctima del conflicto, el político o el novio de la amiga; acoger solicita un cambio de actitud para abrir un canal de confianza y comprensión. Además, se suma fácilmente este tercer sentido de acogida con el cuarto puesto que al admitir o reconocerle al diverso en nuestro juego la mirada considerada, de inmediato es reclamado tácita pero automáticamente ese reconocimiento de un cierto encuentro mutuo (Ricoeur, 2006), de un redescubrimiento del rostro del prejuzgado en primera persona (encuentro yo-tú). Lo contrario a la acogida sería el abandono o el olvido, la indiferencia y la distancia: cuán cerca solemos estar de este rechazo y negación del otro es lo que tenemos que ver cada día en la pantalla interior de la conciencia y de nuestra sensibilidad.

Admirar

“Siempre se admira lo que no se entiende”.

Blaise Pascal

“Admirar algo que no conocemos es buscar algo nuestro en lo ajeno” (amorherido, n. d.). La diferencia es casi por definición aquello que nos causa admiración. Lo misterioso, lo escondido, lo más desconocido suele llamar de forma poderosa la atención, como mirar las estrellas o ver un rescate en carretera que salva milagrosamente varias vidas en condiciones increíbles de dificultad y riesgo. Admirar convoca todo lo admirable del mundo y de la humanidad y, por otro lado, cuando se da entre personas, pone una cita ineludible entre el admirador y el admirado. Veamos qué acepciones de la acción de admirar recoge el diccionario (RAE, 2007, p. 13):

1. Reconocer y apreciar el valor o las cualidades de alguien o algo
2. Contemplar o mirar con agrado (de alguien o algo bello)
3. Causar sorpresa (a una persona); algo que se sale de lo común u ordinario

Admirar la diferencia implica de una vez el aprecio de la persona en sus valores, cualidades y también en sus defectos, cómo no. Y ello por encima de las valoraciones negativas, percepciones o impresiones primigenias a las que haya que sobreponerse. Acto seguido de este primer movimiento de admiración básica, se intensifica la mirada hasta la contemplación específica para dejar entrar la belleza que se ha alcanzado a descubrir en la persona o en su obra. Se encuentra en esta línea que el vínculo entonces que une a admirador y admirado por lo menos fácilmente se configura como una simpatía mutua. En grado mayor se habla de la sorpresa que genera alguien cuya cualidad es extraordinaria, de modo que puede no solo inspirar valoración sino veneración sincera. En extremo, por esta vía, hasta cabe nombrar la posibilidad del estupor ante la contemplación de lo bello, una paradójica parálisis que denuncia la efervescencia interior ante la revelación.

El cuidado de la admiración pasa por evitar también la antipatía recíproca cuando pueden escaparse levemente tres formas de desestimar: el desprecio o falta de aprecio, el descrédito o desilusión y la subvaloración o menoscabo. Puede ocurrir que las cualidades admirables de alguien concurren con la incapacidad de verlas incipientes o emergentes en uno mismo, tanto como a la inversa, apreciar las dotes de uno habilita normalmente para captar los dones de los demás (Mello, 1996, p. 99).

Amar

*“Admiramos las personas por motivos, pero las amamos sin motivos.
Para admirar algo hacen falta razones, para amarlo no”*

G. K. Chesterton.

“Amar es admirar con el corazón. Admirar es amar con la mente”
Theophile Gautier

Quizás la mejor forma de acercarse a los que son considerados más distantes, distintos u opuestos, en pensamiento y convicción, en creencia y religión, en visión política y opción vital sea considerar no solo al prójimo próximo o al lejano del oriente, sino pensar precisamente en el enemigo (Grün, 2017, pp. 53-55). Ya no se trata sencillamente de excusar o perdonar los detalles desconsiderados o inconscientes de los vecinos, amigos o familiares cercanos, sino que amar a lo grande impulsa incluso a la oración y la bendición del que se ha considerado acertada o desacertadamente contrincante, competencia u odioso.

Amar es un arte (Fromm, 1980), requiere cuidado, conocimiento, respeto y responsabilidad por la vida y felicidad del cónyuge, y como todo arte reclama concentración, esfuerzo, dedicación y practicarlo como lo más importante de la vida; la acción del amor sobrepasa la admiración y la acogida, pero las incluye y se catapulta sobre ellas. No hay amor sin admiración, ni esta sin acogida. Pero ahora el listón está en lo más alto. Aristóteles (2000) ya definía el amor en general como la búsqueda del bien del otro en tanto otro. La matización “en tanto otro”, nos advierte enseguida de la necesidad de ponernos en el lugar del otro con empatía de

sus carestías y sueños, con disponibilidad a sus proyectos y benevolencia de sus debilidades. Atendamos las dos aproximaciones al amor que nos ofrece el diccionario y sus tres ejemplos jugosos (RAE, 2007, p. 33):

1. Atracción sexual y emocional hacia una persona con quien se desea emprender una relación estable.
2. Sentimiento de intenso afecto e inclinación hacia alguien.
 - Amor libre: relaciones sexuales mantenidas libremente y sin intención de crear un vínculo estable.
 - Amor platónico: amor idealizado en el que no existe atracción o relación sexual.
 - Amor propio: estimación de uno mismo, que impulsa a superarse y a conseguir la aceptación de los demás.

Para este análisis del amor podemos obviar la atracción sexual y quedarnos con la emocional. El corazón del amor es tomado al fijar su consistencia en la atracción emocional para una relación estable y la intensidad de este afecto como inclinación al diferente. Cuando esto se realiza se ponen en juego el estímulo, el cuidado y el consuelo (Papa Francisco, 2016) del que vivimos como distinto; cuando se adopta este tono de entrega generosa y dedicada, también se empieza a recibir, por lo menos en gratitud correspondida y se toma conciencia del don que se ha recibido mutuamente, uno para el otro. Contrarios a este proceso y crecimiento en el amor serán el odio, el rencor, el resentimiento y la envidia que dejan a la persona instalada y definida en la enemistad.

Tabla 1. Los actos del amor en las relaciones interpersonales

Deseo	Afirmación	Elección	Creación	Don
Desear	Alegrarse	Preferir	Crear	Corresponder
Poseer	Perdonar	Lugar del otro	Decir	Agradecer
Gozar	Ayudar	Comprender	Reproducir	Dar
Conocer	Cuidar	Obedecer	Regalar	Darse
Dialogar	Curar	Prometer	Beneficiar	Sacrificarse
Compartir	Recordar	Ser leal	Honrar	Dar el ser
Acompañar	Sufrir	Confiar	Dar honor	Enseñar

Deseo	Afirmación	Elección	Creación	Don
	Compadecer	Esperar		Corregir
	Aceptar			Contemplar
	Respetar			

Fuente: elaboración propia con base en Yepes Stork (2000).

Para reforzar esta revisión del amor como antídoto de las actitudes discriminantes o distantes con los diferentes a la condición mayoritaria, obsérvense los cinco tipos de actos de amor: deseo, afirmación, elección, creación y don. Pueden verse en la tabla 1 los diferentes actos correspondientes a cada tipo de amor: trate de hacer su propio test cuestionándose cuántos actos de amor realiza con cada persona de su círculo y especialmente con los que están fuera del círculo o a cierta distancia.

Referencias

- Amorherido. (n. d.). Frases. Recuperado de <http://www.amorherido.com/frases/4588-admirar-algo-que-no-conocemos>.
- Aristóteles. (2000). *Ética a Nicómaco*. Madrid: RBA.
- Papa Francisco. (2016). *Amoris laetitia*. Bogotá: Verbo Divino.
- Fromm, E. (1980). *El arte de amar*. Barcelona: Paidós.
- Grün, A. (2017). *La pequeña escuela de las emociones. Cómo determinan nuestros sentimientos y activan nuestra vida*. Bogotá: San Pablo.
- Mello, A. d. (1996). *Una llamada al amor: conciencia-libertad-felicidad*. Bogotá: La verdad.
- RAE. (2007). *Diccionario práctico del estudiante*. Barcelona: Planeta.
- Ricoeur, P. (2006). *Caminos del reconocimiento. Tres estudios*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Yepes Stork, R. (2000). *Fundamentos de antropología. Un ideal para la excelencia*. Pamplona: Eunsa.